

LA FAUNA AFRICANA EN “LOS JÓVENES BOERS” DE REID Y SU TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL

THE AFRICAN ANIMAL WORLD BY REID’S “THE YOUNG YÄGERS” AND ITS SPANISH TRANSLATION

Juan Miguel ZARANDONA*

En 1870, el político, escritor y traductor Antonio Ribot y Fonseré publicó una traducción propia de una novela de aventuras para el público juvenil del afamado trotamundos y prolífico escritor irlandés de la época Thomas Mayne Reid: *Los jóvenes boers*, versión de *The Young Yägers, or, A Narrative of Hunting Adventures in Southern Africa* (1857). Gracias a esta traducción, el público lector del momento, así como aquellos que se han acercado a ella con posterioridad, pudieron conocer de primera mano la agreste vida de los colonos holandeses en los territorios inexplorados del Sur del África. Las ilustraciones que acompañaban la descripción de aquel inaudito mundo animal, también son merecedoras de un pausado análisis.

Palabras clave: Mayne Reid, Ribot y Fonseré, fauna africana, caza, bóers.

In 1870, the politician, writer, and translator Antonio Ribot y Fonseré published his own translation of an adventure novel for younger readers by the famous globetrotter, and prolific Irish writer, Thomas Mayne Reid: *The Young Yägers, or, A Narrative of Hunting Adventures in Southern Africa* (1857). Thanks to this translation, both contemporary readers, and those who have read it in later years, could learn, first hand, how rough lifestyle the Dutch colonizers endured in the mostly unexplored territories of Southern

* Departamento de Lengua Española. Universidad de Valladolid.

Correspondencia: Facultad de Traducción e Interpretación. Campus Duques de Soria s/n. 42004 Soria. España

e-mail: zarandon@lia.uva.es

Africa. The illustrations provided of that unusual animal world also deserve some analysis.

Keywords: Mayne Reid, Ribot y Fonseré, African fauna, hunting, boers.

1. Introducción

En estas páginas se busca una aproximación de los lectores contemporáneos a un ejemplo injustamente olvidado de cómo los lectores británicos, europeos y americanos en general, y españoles y de lengua española en particular, del siglo XIX, lograron tener acceso, mediante el gozo literario aventurero y el amor a la zoología científica, y mediante la palabra, original o traducida, combinada con un ejemplo representativo del glorioso grabado de aquel siglo, que vivió entonces su época dorada, a las maravillas ignotas del todavía arriesgado mundo africano de aquellas décadas de primera exploración colonial al interior del mismo, y muy en particular, a su fauna salvaje. En consecuencia, el presente artículo no sería posible sin reconocer el protagonismo de dos nombres clave, los de dos hombres del siglo XIX, dentro del ámbito de sus páginas, Thomas Mayne Reid (1818–1883) y Antonio Ribot y Fonseré (1813–1871), que todo hace suponer que no se conocieron personalmente, pero que han quedado asociados entre sí para la posteridad y siglos venideros gracias al noble ejercicio de la traducción y que supieron encarnar de manera magistral algunas de las inquietudes más notorias y propias de su época. Por ello figuran de manera señalada en nuestro título y por ello se repetirán los mismos de manera reiterada en los apartados siguientes, en la creencia de que aquel mundo legendario todavía guarda muchos significados y sorpresas para el lector contemporáneo que pueda acercarse y mostrar interés en el mismo.

Pero, al no tratarse de un asunto solo de letras, sino de formas y figuras, de mimesis de una realidad hoy perdida, pero sí atestiguada para la posteridad, no es posible olvidarse de un tercer protagonista, el autor de los grabados, tercer pilar decimonónico de esta empresa de investigación histórica, traductológica y artística: William Harvey (1796–1866), el grabador, del que también nos ocuparemos.

2. Thomas Mayne Reid (1818–1883)

Toda reseña biográfica, ya sea breve o no, sobre este escritor de vocación, debe indicar que era de origen irlandés, nacido en la pequeña localidad de Ballyroney, en el condado de Down, pero como hicieran tantos de su nación y raza, emigró y triunfó en EE. UU., aunque terminaría falleciendo en Londres. Como escritor se decantó, sobre todo, por el periodismo y la novela, géneros en los que fue muy prolífico (se le reconocen más de 150 publicaciones) y autor de gran éxito: sobre todo cuando nos adentramos en el terreno de las aventuras para lectores jóvenes, aunque gustaban a todos los públicos: ambientadas además en todos los continentes, todavía en exploración en el siglo XIX buena parte de ellos: las Américas, Asia, el Pacífico o África. Su mundo literario favorito, sin embargo, fue el lejano Oeste: donde se le pueden atribuir la creación de algunos de los grandes motivos de este desbordante paisaje mítico que luego pasarían a otros autores y sobre todo, al cine, su gran victoria. Todo este caudal creativo, no puede comprenderse si no nos percatamos del gran viajero que estamos contemplando, en la realidad y en la imaginación, destinado a ofrecer a sus contemporáneos occidentales, ansiosos por conocer un mundo todavía misterioso, todo lo que anhelaban. También podemos considerarlo, con toda justicia y para conocerlo bien, como un representante muy digno de toda una raza de narradores que proliferó en el siglo XIX, de vida aventurera personal y literaria, y entre los que no pueden faltar: James Fenimore Cooper (1789–1851), Capitán Frederick Marryat (1792–1848), Jules Verne (1828–1905), Robert Louis Stevenson (1850–1894) o Jack London (1876–1916).

Entre las posibles biografías de nuestro atractivo individuo, puede consultarse para recreo personal y confirmar lo expuesto, la de J. Steel titulada *Captain Mayne Reid* (1978), ya que se le conoció siempre por este seudónimo literario, el capitán Mayne Reid, con el que firmaba sus obras y con el que figura hoy en día en los catálogos bibliotecarios en lugar de su apellido familiar, *Reid*.

3. Antonio Ribot y Fonseré (1813–1871)

La localidad barcelonesa de Vic, donde nació, y Madrid, donde abandonó este mundo, fueron los dos extremos de su trayectoria vital. De profesión médico, su devoción se dirigió hacia el periodismo, la literatura y la traducción. También fue marcado su activismo político, en apoyo de sus ideas liberales, lucha que provocó que fuera tanto deportado a Cuba (1837–1841), como elegido Diputado a Cortes por la provincia de Barcelona, según las cambiantes circunstancias del momento político. Entre medias, logró convertirse en un escritor que llegó a reunir una gran obra propia compuesta de publicaciones periódicas, poesía, drama, tratados de política etc. Además, también fue autor de un amplio listado de traducciones, especialmente de Julio Verne, con quien poseyó una total identificación hasta convertirse en la voz hispánica, de su época y de tiempos venideros, del francés: *Viaje al centro de la tierra*, *Cinco semanas en globo*, *De la tierra a la luna*, *Los ingleses en el Polo Norte*, *Los hijos del capitán Grant*, etc., títulos todos ellos que tradujo y que fueron editados y reeditados por primera vez en las décadas de 1860 y 1870. Por todo ello, puede considerársele un protagonista del afán español decimonónico por la aventura geográfica y de exploración de un mundo todavía ignoto, tanto en sus límites geográficos como en sus pobladores, su fauna incluida. Así lo atestiguan algunas publicaciones recientes, ya dentro del ámbito del siglo XXI, lo que ha supuesto un renovado interés en su figura y logros. El autor de dos de las mismas, L. F. Díaz Larios, publicó en el número XX de la revista *Anales de Literatura Española* su texto «Notas sobre Antonio Ribot y Fonseré» (2008: 119–137), lo cual le hizo, sin duda, merecedor de ser responsable de la siguiente entrada: «Antonio Ribot y Fonseré», incluida esta en el monumental *Diccionario histórico de la traducción en España* de Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.) (2009: 970–971). Estos últimos autores han recogido más recientemente, en uno de sus volúmenes, *Varia lección de traducciones españolas*, un nuevo texto sobre esta traducción de Antonio Ribot y Fontseré de 1870 (2015: 143–151).

4. Mayne Reid, Ribot y África

Este caudal novelesco de aventura, grandes valores, pasión, audacia, arrojo, heroísmo y entretenimiento desbordado, propio de Thomas

Mayne Reid, también se ambientó en algunas ocasiones en África, hecho anteriormente adelantado. Su clara preferencia, cuando así lo hizo, fue por las granjas, las tierras áridas, o *karoos* como aún en día todavía se les denomina, y los bosques de grandes arbustos del África meridional. Su preferencia también estuvo orientada hacia una nueva raza de hombres intrépidos, casi míticos, los bóers o afrikáners, descendientes de los colonos holandeses, asentados en Ciudad del Cabo desde 1652 y dispersados, con sus caballos y carros de bueyes, por todo el sur del continente en oleadas sucesivas. Y entre los protagonistas literarios más repetidos de sus narraciones africanas, se encuentran los tres hijos de la familia de ficción Van Wyk, y sus tres amigos, los tres hijos también varones de la familia Von Bloom, de edades equivalentes a la de sus primeros lectores y siempre dispuestos, todos ellos, a demostrar su hombría frente a una naturaleza indómita y una fauna hostil. En concreto, se trató de los siguientes cuatro textos, en orden cronológico: *The Bush-Boys* (1856), *The Young Yägers* (1857), *The Giraffe Hunters* (1867), y *The Vee-Boers* (1870).

Ribot fue, como ya conocemos, quien hizo posible el acceso a estas odiseas de caza y aventuras a lectores españoles, aunque no de manera completa. De hecho, la casa editorial Gaspar y Roig publicó en Madrid en 1870, solo las siguientes dos traducciones de nuestro autor irlandés: *Los jóvenes boers* y *Los cazadores de jirafas*. El texto original de la primera era *The Young Yägers* (o cazadores, en lengua afrikáans, denominación de la lengua materna criolla del pueblo afrikáner o bóer, derivada del neerlandés y mezclada con otras muchas influencias nativas), y el de la segunda, *The Giraffe Hunters*.

Ha de tenerse en cuenta que Ribot, como era la práctica universal en el siglo XIX español, no tradujo estos textos directamente del inglés, sino a través de las traducciones francesas previas que le sirvieron de intermediarias. Este factor o fenómeno se observa desde los mismos títulos. *The Young Yägers*, por ejemplo, publicada por primera vez en 1857, conoció una traducción solo dos años después al francés que cambió su título: *Les vacances des jeunes boërs* (1859). Es decir, se añadió un elemento festivo que seguramente aportaría un mayor atractivo comercial para los lectores jóvenes, «vacaciones», pero sobre todo se

eliminó la palabra «yägers», que ni siquiera era inglesa en su origen, y que resultaba oscura y difícil de interpretar, y se la sustituyó por la mucho mejor conocida de «bóers». La versión española del mismo, años después, sigue fielmente la estrategia fundamental, por lo que a título se refiere, de la traducción francesa, *Los jóvenes boers* (1870), aunque no considere necesario conservar la referencia a las vacaciones, en este caso de caza, de los intrépidos protagonistas. Conviene observar que las normas ortográficas del español actual, prescriben una tilde en esta palabra, «bóers» o aún mejor «bóeres», según recomendación de la Real Academia Española. Sin embargo, el título de la traducción de 1870 aparece sin dicha marca diacrítica, lo propio de su época y así lo conservaremos en este artículo dedicado a asuntos tan añejos.

Por lo que se refiere al segundo título, hubo dos traducciones francesas de 1869, ambas con el mismo título, *Les chasseurs de girafes*, pero la primera traducida por Hyppolyte Wattemare, y la segunda por Emma Allouard, de gran interés para una futura posible investigación, al ser una mujer la responsable de verter este mundo tan masculino. El título español no añade ninguna modificación.

Al final de este apartado, cabe preguntarse qué ofrecía *Los jóvenes boers*, pues a este volumen nos vamos a referir a partir de ahora en estas páginas, a los lectores españoles de su siglo. Conviene analizarlo en un apartado propio.

5. “Los jóvenes boers”

Esta novela de Thomas Mayne Reid, como buena parte de su producción, ofrecía enormes y muy atractivas posibilidades a sus lectores españoles en la traducción de Antonio Ribot y Fonseré, en un siglo en que el mundo aún era muy desconocido, y la cultura audiovisual todavía ni había nacido ni se podía imaginar. Ofrecía la posibilidad de explorar de manera muy precisa un territorio geográfico desconocido y admirable, con palabras y, por supuesto, grabados visuales; así como adquirir un conocimiento antropológico de los grupos humanos que habitaban el lugar, europeos (bóeres, ingleses) o indígenas, «cafres» o «bosquimanos», según las denominaciones de la época, hoy desaconsejadas a proscritas, como aclararemos a continuación.

Igualmente, abundantes datos sobre caza mayor en el lejano lugar, un África casi mítica, las artes de la misma y el carácter valeroso de sus practicantes. Y con ello todo un conjunto de curiosidades de un mundo animal salvaje, rico, diferente, único, entonces recién descubierto en todas sus potencialidades de asombro y todavía necesitado de catalogación, la gran misión de la ciencia decimonónica. Es decir, todo un trabajo de campo zoológico, con sus correspondientes descripciones textuales e icónicas, de un conjunto de vida animal hoy casi perdido (al menos en libertad). Lo que puede considerarse, con toda justicia, que constituyó un documento único para su presente, pero aún mayor, si cabe, para la posteridad como testimonio del conocimiento de un momento histórico ya lejano.

Además, la nula presencia española en estas latitudes africanas, donde España no gozó de presencia colonial ni, posiblemente, de escritores aventureros nacionales sobre el lugar, implicaba que este nuevo conocimiento no se estaba documentando en español. La traducción suplió esta carencia, como tantas veces en la historia. El público español conoció estas visiones de África en traducción, gracias, de manara muy sobresaliente, a nuestro traductor Ribot y sus ilustrados editores que supieron percatarse de la bondad y atractivo de lo que se estaba publicando más allá de sus fronteras.

6. Ejemplos textuales

Como necesario complemento y con el objeto de experimentar un acercamiento a la realidad del texto y aunque breves por las lógicas limitaciones, en esta sección nos hemos decantado por presentar tres ejemplos que hemos considerado muy representativos de tres tipos de relaciones posibles en estas páginas entre los tres grupos posibles de protagonistas de las mismas: hombres, animales domésticos y animales salvajes. De estos tres actantes, el humano incluye dos grupos fundamentales, como ya se ha mencionado con anterioridad y queremos ampliar ahora: el de origen europeo, los «bóeres» y los «británicos», a menudo reducido a *ingleses*, y el de los nativos de raza negra, dividido en dos grupos asimismo, el de los «cafres», del inglés *kaffir*, derivado a sí mismo del árabe y que significa solo *extranjero* en origen, y el de

los «bosquimanos», *bushmen* en inglés. Hoy en día ambas denominaciones de los pueblos nativos están en desuso: «cafres» por considerarse peyorativa y ofensiva, la cual ha sido sustituida por «pueblos bantúes», y «bosquimanos» por imprecisa, sustituida a su vez por «pueblos san», denominación autóctona, para estos segundos. Los animales domésticos se reducen prácticamente a tres: perros, bueyes y caballos. Todo lo contrario ocurre con los animales silvestres o salvajes que son innumerables, en un intento por acercarse a la inmensa riqueza de la fauna de África, el mayor y más duradero, tal vez, atractivo de este texto. También se buscará, evidentemente, hacer posible conocer, en alguna medida, las características de la traducción elaborada por Ribot y Fonseré.

El primer ejemplo recoge una escena de caza protagonizada por unos refinados depredadores, los jóvenes bóeres, y su presa, proveedora esta del necesario alimento, es decir, una combinación de humanos más animales salvajes:

«Al ver a las *gemboks*, nombre que han dado los boers al oryx, la primera idea de nuestros cazadores fue buscar un medio para apoderarse de uno de los dos antílopes. Por admirable que fuera el efecto que produjeran en la llanura aquellos preciosos animales, nuestros amigos hubieran deseado mejor verlos en el asador, pues sabían por experiencia que la carne del oryx es la más delicada y succulenta que se puede encontrar en África, después del *alce*» (Mayne Reid 1870: 11).

El original que se corresponde con este párrafo es el siguiente:

«On seeing the “gemsbok”—for by such name is the oryx know to the Cape Colonists—the first thought of the young yägers was how they should kill or capture one of them. Beautiful as these creatures looked upon the plain, our hunters would have fancied them better on the spit—for they well knew that the venison of the gemsbok is delicious eating—not surpassed by that of any other antelope, the eland perhaps excepted» (Mayne Reid 1857: 29).

Aunque no se observa ausencia de ningún contenido fundamental o incluso secundario, sí puede detectarse con facilidad que Ribot no práctica una literalidad muy estricta y lo que más le interesa es la inteligibilidad de sus textos para sus lectores. Por ello, por ejemplo, elimina dificultades como «Cape Colonist», a favor de «boers». Por el

contrario, es muy cuidadoso con el estilo de su versión, como deja patente la dificultad de traducir dos palabras, una afrikáans, «yägers» y otra inglesa, «hunters», que significan lo mismo. Evita la molesta reiteración sustituyendo la segunda por «amigos», una denominación que presenta una gran armonía con el conjunto del texto. Igualmente, es admirable su lucha por conseguir un uso preciso de todo un conjunto de términos relacionados con la necesidad penosa, por pionera, de distinguir denominaciones animales tras las que se esconderían distintas especies: «gemsbok, oryx, antilope/ antílope, eland/ alce».

El segundo ejemplo elegido muestra, igualmente, una escena de caza, pero esta vez el depredador es animal, el león, en otras palabras protagonizada por animales salvajes toda ella, aunque con diferentes roles:

«La estrategia de la terrible pareja era fácil de comprender; era indudable que antes de separarse habían combinado los dos leones su plan de ataque. El macho debía colocarse en emboscada en el camino de los dos oryx, y la leona mantener la caza hacia la dirección en que la esperaba su compañero. Suponiendo que los antílopes quisieran retroceder a la vista del león, caían indudablemente entre las zarpas de la leona» (Mayne Reid 1870: 13).

Este párrafo es nada más que uno de los últimos que tienen la misión de recoger toda una minuciosa y muy precisa descripción y estudio de las técnicas de caza del gran felino y del curioso reparto de roles entre los machos y las hembras de la especie que se desarrolla en el conjunto de varias páginas. Cuando se escribió el texto original correspondiente, esta rareza animal no era todavía conocida o muy conocida: las hembras son las que realmente cazan. Solo por este descubrimiento mereció la pena hacer este esfuerzo lingüístico:

«The “strategy” of the lions was now perceived. They had evidently planned it before separating. The lion was to place himself in ambush upon the path, while the lioness swept round to the rear and forced the antilopes forward; or should the latter become alarmed and retreat, the lion could then show himself in pursuit and run the frightened game back into the clutches of the lioness» (Mayne Reid 1857: 33).

La traducción muestra las mismas características de intentar, ante todo, facilitar la comprensión de sus lectores, antes que ser fiel a la estructu-

ra del original, así como el deseo de hacer todo ello en un estilo muy cuidado. Es irreprochable.

El tercer ejemplo muestra a los animales divididos en dos grupos, los indefensos domésticos de origen europeo y los fieros africanos. El contraste —comparar tamaños, por ejemplo— sirve como recurso esencial de ayuda a la imaginación del lector europeo a la hora de recrear las dimensiones del mundo animal africano desconocido:

«Sus rugidos, en los cuales el furor se mezclaba a la desesperación, continuaban resonando y produciendo gran espanto en los bueyes y caballos de los jóvenes boers; los temblorosos perros fueron a ocultarse debajo de los vagones o a colocarse entre las piernas de sus amos, y sin embargo, la mayor parte de aquellos fieles animales se hubieran batido vigorosamente si los cazadores los hubieran lanzado contra la leona; pero no ignoraban que un perro en frente de un león enfurecido no es más que un ratón en la garra de un gato, y se guardaban bien de enviar a sus fieles servidores a una muerte cierta» (Mayne Reid 1870: 14).

«This remark, which was made by little Jan, elicited a round of laughter that sounded in strange contrast with the melancholy howl of the lioness, which still continued to terrify the animals of the camp. Even the dogs cowered among the wheels of the wagons, or kept close to the heels of their masters. It is true that many of these faithful brutes, had they been set on, would have manfully battled with the lioness, big as she was. But the young yägers well knew that dogs before the paws of an angry lion are like mice under the claws of a cat. They did not think of settling them on, unless they had themselves made an attack» (Mayne Reid 1857: 38).

La traducción en este caso sigue la misma línea, que ya podríamos considerar que es la que caracteriza la labor del traductor español y que sería necesario comprobar en un estudio que abarcara todo el texto. Sin embargo, sí que cabe observar, con una lectura somera, que Ribot se muestra mucho más libre respecto al original que en los dos ejemplos anteriores. Basta para ello comparar los dos comienzos de los dos párrafos, ya que son bastante diferentes. No existe, ni se requiere, una traducción que recurra al tímido método de ir traduciendo palabra por palabra.

7. Ejemplos icónicos

Los jóvenes boers, como su antecesor, *The Young Yägers*, es un libro que aporta mucho más que palabras. Se vendía como «edición ilustrada con grabados» dentro de una colección denominada Biblioteca Ilustrada de Gaspar y Roig, el editor, y dentro de esta en una serie conocida por Aventuras de Mar y Tierra. Es decir, hay un total de veintiuna páginas dotadas de imágenes cuya mayoría están protagonizadas por animales, y buena parte de estas son escenas de caza muy violentas. En el libro traducido español, de 1870, no se cita el nombre del ilustrador, por lo que es necesario acudir, por ejemplo, a la primera edición en lengua inglesa, la que ya conocemos de 1857, donde aparecen las mismas veintiuna ilustraciones, para averiguarlo. No había en ello un gran secreto, sin embargo. Se trata del afamado grabador británico William Harvey (1796–1866), de quien tendremos ocasión de ocuparnos brevemente en el siguiente apartado de estas páginas, como tercer participante imprescindible en este esfuerzo creador y traductor, en el que no puede faltar dispensar atención al elemento icónico.

MAYNE-REID.

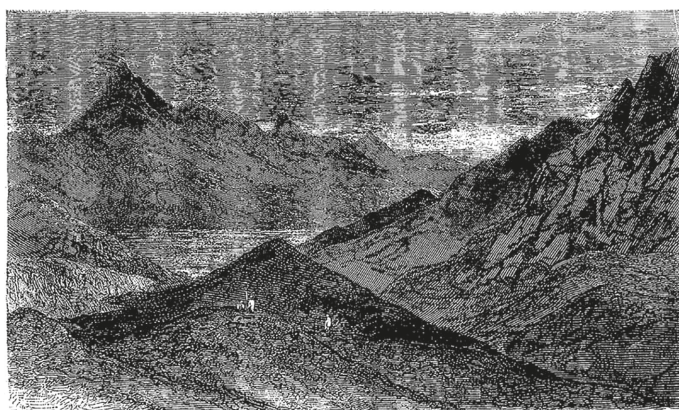


LOS JOVENES BOERS.

Conviene tener en cuenta que, como buena parte de los textos publicados decimonónicos, tanto el original de 1857 que nos ocupa, como la traducción española de 1870, pueden consultarse hoy en día de forma completa en internet, y por ello todas las ilustraciones que se comentarán en esta sección, en las siguientes direcciones electrónicas: <https://books.google.es/books?id=E60BAAAAQAAJ>, para el texto original en inglés, y http://www.cervantesvirtual.com/obra/losjovenesboers/?_ga=2.182522086.1553999093.1502879591-808886753.1502879591, para la traducción española.

Por otra parte, conviene saber que ninguno de los grabados ocupa una página entera. Todos ellos se integran en páginas con letra, con la que se combinan en diversas armonías. En consecuencia, los tenemos de diferentes tamaños, y por ello algunos mucho más ambiciosos y rotundos que otros (Mayne Reid 1870: 5, 6, 8, 9, 12, 13, 20, 21, 25, 28, 33, 37, 40, 45, 49, 53, 60, 61, 65, 69, 76).

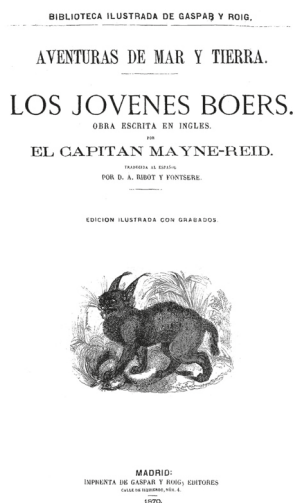
Aparte, las tres primeras, que aparecen en las páginas preliminares, no llevan título. El resto de dichas ilustraciones, las que acompañan a la acción desde el capítulo primero, hasta el final, van acompañadas de su correspondiente título, lo que las diferencia claramente de las primeras. De todas ellas, por otra parte, solamente dos no incluyen animales (resulta evidente donde residía el mayor interés): la primera (sin título), que muestra una cabaña típica africana con un centinela (5), y la decimocuarta, *Entraron nuestros cazadores en un país completamente diferente*, que muestra un paisaje sin personas ni animales (45):



En todas las demás, diecinueve, los animales están presentes y lo hacen siguiendo esta primera doble tipología básica: animales con presencia o sin presencia de humanos. Y en ambas categorías, la de con humanos o sin humanos, puede aparecer una única especie (salvaje o doméstica) o dos o incluso más de dos, también salvajes o domésticas. Cuando tenemos dos especies, generalmente nos encontramos ante escenas de caza.

En concreto, esta sería la riqueza de posibilidades combinatorias que se puede admirar en las páginas de *Los jóvenes boers*:

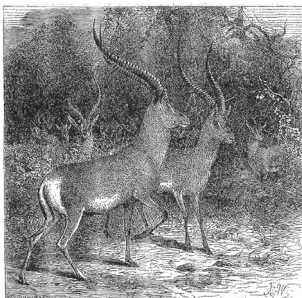
- 1) Grabados que representan un único ejemplar, por supuesto, de una única especie salvaje: el segundo (sin título), un felino o lince africano (6); y el decimonoveno, *Antílope acuático* (65).



- 2) Grabados que representan dos ejemplares de la misma especie salvaje, posiblemente el macho y la hembra de la misma, aunque no se aclara: el quinto, *Antílopes en los cañaverales* (12);



el octavo, *Antílopes de las orillas del [río] Orange* (21);



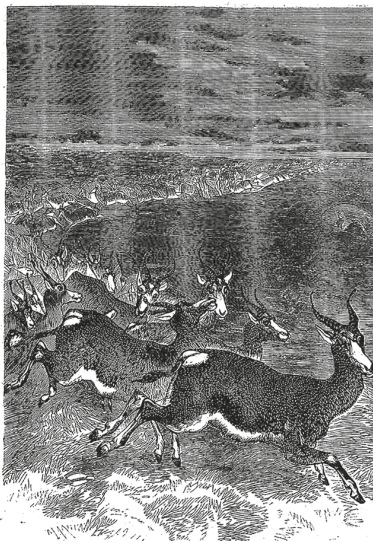
y el noveno, *Abutardas* [sic] (25).



- 3) Algo más frecuente es el tipo de grabado que reproduce dos o más ejemplares de una misma especie de animales salvajes: el decimo-segundo, *El Dawn*, que muestra cuatro cebras, una de gran tamaño (37);



el decimosexto, *Un inmenso rebaño de antílopes*, donde es imposible contar el número de ejemplares de esta especie representado (53);



el decimoctavo, *La hierba que tapizaba la orilla del río era hermosísima*, que pinta tres garzas en dicho río (61);



y el vigésimo, *Doce leones tenían a la vista nuestros amigos*, donde es posible que haya realmente doce leones representados, aunque no aparece claro al ojo del observador del grabado (69).



- 4) Finalmente, por lo que respecta a la representación exclusiva de animales salvajes, tenemos también dos especies diferentes, aunque un solo ejemplo: el sexto, *El león cayó sobre la grupa del animal*, que representa a un león cazando un antílope (13).



- 5) También es posible encontrar diversas combinaciones de animales salvajes y animales domésticos, sin la presencia de personas, como es el caso del vigesimoprimer, *Carga de los rinocerontes*, que comprende dos rinocerontes, seis caballos y un perro (76).



- 6) Encontramos igualmente, ya siempre a partir de aquí contando con la presencia de los jóvenes bóeres, personas y dos especies salvajes, como ocurre con el decimoquinto, *El león se había engañado al creer desgarrar aquel animal*, con un rinoceronte, un león y una persona (49);



y el decimoséptimo, *El águila cayó como una masa inerte, con un águila, un cervatillo y seis cazadores* (60).



7) Asimismo, también hay ejemplos de personas acompañados solo por animales domésticos, como es el caso del cuarto, *Los jóvenes boers en el vivac*, que contiene cuatro personas y cuatro perros (9).



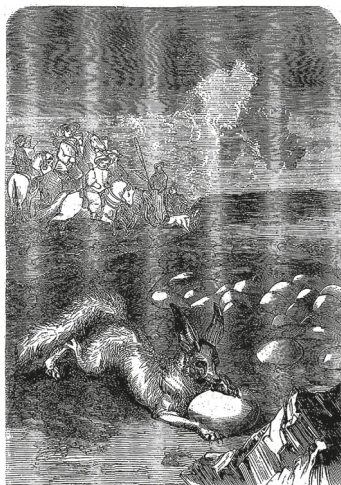
- 8) El resto de los grabados reproducen personas unidas a diversas combinaciones de animales salvajes y domésticos: el tercero (sin título), con seis bueyes, un caballo, entre seis y ocho bóers y cuatro aves silvestres (8);



el séptimo, *Hans se sentó al pie de un árbol*, con una persona, un perro y tres avestruces (20);



el décimo, *El fennec tenía dispuesto su almuerzo*, con ocho jinetes con sus caballos y un tipo de perrillo de las praderas africano, al que se denomina *fennec* (28);



el undécimo, *Hendrik cayó sobre la grupa del egocerus*, compuesto de un perro, una persona y un antílope de gran tamaño (33);



y el decimotercero, *Los perros se precipitaron sobre el desgraciado gnou*, con una espectacular combinación de seis caballos con sus jinetes, cuatro perros y el desafortunado ñu (40).



Esta es la riquísima representación de vida animal africana que pudo observarse por lectores ávidos desde el siglo XIX, totalmente asombrados los contemporáneos primeros ante lo desconocido, muy asombrados todavía los recientes de nuestro tiempo por la calidad artística y pericia desplegada al confeccionarlos en su momento. Del artista, el tercer nombre, nos ocuparemos brevemente en el siguiente apartado.

8. William Harvey (1796–1886)

Harvey, nacido en la ciudad inglesa de Newcastle y fallecido en Londres, fue uno de los grabadores e ilustradores de libros británicos más afamados y prolíficos del siglo XIX. Fue aprendiz desde niño en su taller y discípulo aventajado de Thomas Bewick (1753–1828), quien fuera el inventor de la técnica del grabado en madera, más barata, rápida y sofisticada que el cobre, lo que resultaría ser la mayor aportación del siglo XIX a este arte, que llevaría a su máximo esplendor el artista Gustave Doré (1832–1883), quien, a pesar de ser francés procedente

de Alsacia, sin embargo, desarrolló la parte más exitosa de su carrera en Inglaterra.

William Harvey, por su parte, una vez instalado en Londres y tras ampliar su pericia con clases de dibujo y todo tipo de conocimientos auxiliares como lecciones de anatomía, se especializó en la creación de grabados para libros de los autores más afamados, con lo que llegó a ser uno de los ilustradores más conocidos de la primera mitad del siglo XIX británico. Él mismo ilustró desde grandes clásicos de la literatura universal (Shakespeare, *1001 Noches*), por lo que es muy recordado, hasta libros de divulgación científica, típicos de la época como ya se ha recordado en estas páginas (catalogación de las especies, zoología, anatomía). Y, por supuesto, el volumen que nos ocupa, *The Young Yägers / Los jóvenes boers*, también una de sus grandes creaciones y una de las de mayor impacto visual en imaginario colectivo europeo y americano de la época, todavía de gran ingenuidad y proclive a provocar el asombro cuando se trataba del conocimiento de África.

9. Conclusiones

El conjunto de apartados y párrafos anteriores, que recogieron nuestra exposición y selección de argumentos, creemos que habrán ya conducido a nuestros lectores a esta primera conclusión, pero, por si no hubieran sido suficientes, creemos que conviene recalcar que nos encontramos ante un texto original, el de Thomas Mayne Reid, de gran interés antropológico, histórico, literario y artístico, pero también naturalista, zoológico y científico. Nos hemos topado con unas páginas que contienen una visión única de un continente africano casi desaparecido, anterior incluso al llamado *reparto de África* (Berlín 1885), es decir, cuando las potencias europeas se reunieron para dirimir eso precisamente: el reparto de África, y trazar fronteras sin otro criterio que el de sus propios intereses nacionales y capacidad de presión, lo cual, como es bien conocido, supuso el origen del colonialismo consolidado del continente negro por parte de los Gobiernos y los pueblos europeos. Además, se trata, dentro del objetivo de investigación que nos ocupa, de un texto donde los animales—la fauna africana, la reina de todas las faunas—en toda su cruda realidad, son los protagonistas absolutos.

En segundo lugar, debe reconocerse y reivindicarse el gran acierto del traductor, Antonio Ribot y Fonseré, así como de su editor, al seleccionar este texto (las ilustraciones incluidas), comprender su valor, verterlo al español, llegar a concluir su tarea y gestionar su publicación. Se trata de una traducción, por todo ello, que debería tenerse en más aprecio, en heroica lucha contra el olvido, aunque solo fuera por el gran impacto que seguro tuvo en la imaginación de tantos españoles del siglo XIX y su visión de África, no menor, sin duda, al ejercido sobre la de los lectores de lengua inglesa o francesa, entre otras. El reconocimiento es de justicia, a este tesoro de la literatura de animales, también en traducción.

Finalmente, creemos que el texto no ha perdido vigencia y capacidad de asombro y deleite para los lectores contemporáneos, tanto del texto original, como, por supuesto, de la traducción que sabe llevarnos a calibrar el asombro de entonces con el asombro que podemos compartir hoy en día en nuestro mundo colonizado y, tal vez, tiranizado por la multitud de imágenes que tenemos a nuestra disposición. 🐾🐾🐾

BIBLIOGRAFÍA

DÍAZ LARIOS, L. F., «Notas sobre Antonio Ribot y Fonseré», en *Anales de Literatura Española*, 20, 2008, pp.119–137.

DÍAZ LARIOS, L. F., «Antonio Ribot y Fonseré», en *Diccionario histórico de la traducción en España*, F. Lafarga y L. Pegenaute (eds.) Madrid, Gredos, 2009, pp. 970–971.

LAFARGA, F. y L. PEGENAUTE (edd.): «*Los jóvenes boers* de Thomas Mayne Reid, en la traducción de Antonio Ribot y Fontseré (1870) o el recuerdo intrépido de una Sudáfrica ya perdida», en *Varia lección de traducciones españolas*, Madrid, Ediciones del Orto, 2015, pp. 143–151.

🐾🐾🐾 Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación: CYTES. XIX/ Creación y traducción en la España del siglo XIX (FFI2012–30781), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad español.

MAYNE REID, T., *The Bush-Boys, or, The History and Adventure of a Cape Farmer and his Family in the Wild Karoos of Southern Africa*, Boston, Ticknor and Fields/ London, David Bogue, 1856.

MAYNE REID, T., *The Young Yägers, or, A Narrative of Hunting Adventures in Southern Africa*, with illustrations by William Harvey, Boston, Ticknor and Fields/ London, David Bogue, 1857.

MAYNE REID, T., *Les vacances des jeunes böers*, Mme. H. Loreau (trad.), Paris, Hachette, 1859.

MAYNE REID, T., *Les chasseurs de girafes*, Hyppolyte Wattemare (trad.), París, s. i., 1869

MAYNE REID, T., *Les chasseurs de girafes*, Emma Allouard (trad.), París, J. Hetzel, 1869.

MAYNE REID, T., *Los jóvenes boers*, trad. Antonio Ribot y Fonseré, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 1870.

MAYNE REID, T., *Los cazadores de girafas*, trad. Antonio Ribot y Fonseré, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 1870.

MAYNE REID, T., *The Vee-Boers, a Tale of Adventure in Southern Africa*, London, Routledge, 1885 [1870].

MAYNE REID, T., *The Giraffe Hunters; a sequel to the Bush Boys and The Young Yägers*, Boston, Ticknor and Fields, 1867/ London, Routledge, 1904.

STEEL, J., *Captain Mayne Reid*, Boston, Twayne, 1978.